



## Los compañeros de la Mandrágora (II)

### JORGE CACERES: EL PRISMA ARDIENTE

TENIAMOS que poner palabras a la imaginación, pedir una tregua al misterio (tregua que aprovechábamos para llevar al patio y la colocáramos proporciones al patio y la colocáramos encima de una gran fogata: cuando el agua hervía, nosotros echábamos en el líquido una apreciable cantidad de discos de gramófono, los discos se convertían en una masa gelatinosa que nos servía para retorcer nuestras esculturas, más geniales que las de Miguel Angel, salvo error u omisión).

Otras veces aprovechábamos esa tregua del misterio para beber un vaso de agua mineral, pero —si toda cosa tiene su faz nocturna—, las burbujas que ascendían del fondo del vaso a la superficie iban a coagularse en pájaros de especies aún desconocidas.

—A la llegada de los pájaros —exclama Cáceres— ellas son víctimas del sol, ese sol que tú respetas, sol de la costa.

Durante algunos años (pues de Jorge Cáceres ya se puede hablar de algunos años), a través del prisma su mirada iba a posarse en los objetos terrestres. El ha descrito la experiencia del prisma:

“El prisma que yo conducía al ojo, hacia 1938, transformaba tu sombrero rosa en el corazón de la esfinge, y tu pequeño guante de tela en un bouquet de cabellos sin fin, al fondo de un fondo magnético. Me había habituado a esa ruta que solía conducirme a una segunda vida, a la cual yo designaba con el nombre de “sistema afectivo-ilusorio”. Con sólo colocar ante la vista un prisma de cristal, la naturaleza comenzaba a jugar un rol mágico”.

El estuvo a punto de perder la vista con el prisma, estuvo en un tris de perder la vista, la realidad. Aunque, bien miradas las cosas, Cáceres volvía a la realidad siempre, aunque en forma irregular. Más bien dicho, hacía “apariciones”. Nos describía, en los breves ins-

tantes en que estuvimos juntos, su expedición maravillosa. Después, se apresuraba a partir de nuevo. Cuando llegaba a nuestra casa no era para decirnos: “Cómo están ustedes”, sino para despedirse. Asimismo en París, donde hizo una breve aparición: “¿Cómo es posible que Cáceres haya venido solamente para decirnos adiós?”, me escribía Breton al saber la muerte de este compañero, en 1949.

Como en la espiral kantiana, el yo de su sujeto era un objeto visible sólo en la medida de la realidad de la poesía.

Esa espiral interior que se cerraba angustiosamente sobre su Fin, iba dándonos de él la imagen liberada ya de la utilería monótona del mundo.

O con otro ejemplo, así como el violín a lo largo de los años va eliminando por sí mismo toda aquella madera que interfiere en su más pura resonancia, así Cáceres e iba “desgastando” en la vida para conseguir su más exacta expresión.

Pues —mientras sus pasos estaban contados— Jorge volvía a nosotros su rostro sereno, escuchaba el rumor del mar, aspiraba la brisa solar, balanceaba en su mano un racimo de uvas.

Tal vez un día, acaso, sus ojos se llenaron de lágrimas, yo no lo sé.

¿Qué voy a saberlo, si nos sonreía y nos exponía el fruto de su expedición?

Y este fruto (su vocabulario poético al que los pájaros, los castillos, las nubes, prestaban ciertas señales de referencia), este fruto lo depositó en la Mandrágora desde el primer instante.

Cuando en 1938 nuestras preocupaciones nos llevaron a sistematizar en un grupo nuestras experiencias, Cáceres — en esa escuela de iniciación de Mandrágora— llevó el latido de su corazón purísimo. (CONCLUIRA.)

BRAULIO ARENAS